

cion del estado llano. Ya estaba bastante despopularizado el parlamento con los obstáculos que habia opuesto al decreto en que se concedian los derechos civiles á los protestantes, pero con la tal cláusula acabó de desacreditarse enteramente, y la corte quedó completamente vengada. El fué quien sufrió la primera prueba de la inestabilidad del aura popular, y si mas adelante pudo dar motivos la nacion de que se la tuviese por ingrata en abandonar á todos sus corifeos uno tras otro, á lo menos tuvo razon en este caso, por que efectivamente el parlamento se paraba antes que ella hubiese recobrado ninguno de sus derechos.

No atreviéndose la corte á decidir por sí misma estas cuestiones tan importantes, ó mas bien con la intencion de despopularizar en provecho suyo á las dos primeras órdenes del estado, les pidió su parecer con ánimo de no seguirle en el caso muy probable de que fuese contrario al estado llano. Para ello convocó en Versalles el dia 6 de noviembre una nueva asamblea de notables, que se cerró el 8 de diciembre inmediato, en la cual se discutieron todas las cuestiones relativas á la celebracion de los estados generales. No dejó de ser acalorada la discusion, porque por una parte se hacian valer las antiguas tradiciones, y por la otra los derechos naturales y la razon. Mas aun cuando

se tomasen por regla las tradiciones antiguas, siempre tenia la ventaja el estado llano, porque á las fórmulas de 1614, que invocaban las primeras clases, se oponían otras mas antiguas, en las cuales unas veces se habia votado por cabezas, otras por provincias y no por clases, y muchas habia sido igual el número de diputados del estado llano al de la nobleza y el clero; ¿Cómo pues habia de decidirse la cuestion con arreglo á los usos antiguos? ¿No habian estado siempre los poderes del estado en una perpetua revolucion? La autoridad real que al principio fué soberana y despues despojada y vencida, levantándose de nuevo con el auxilio del pueblo y atrayendo á sí todos los poderes, presentaba la imágen de una lucha perpetua y de una posesion siempre vacilante. Al clero se le decia, que en el caso de referirse á los antiguos tiempos, él no tenia derecho alguno á ser considerado como un órden del estado: á los nobles, que solo le tenían entre ellos para ser elegidos los poseedores de los feudos, y que por consecuencia el mayor número tenia que ser escludido de la diputacion; á los parlamentos, que ellos no eran mas que unos ministros infieles de la corona; y por último á todos, que la constitucion francesa no era ni habia sido otra cosa que una prolongada revolucion, durante la cual cada potencia habia dominado sucesivamente, que todo habia sido innovaciones, y que en

tan vasto conflicto la única que debía decidir era la razon.

El estado llano comprendia por sí solo la casi totalidad de la nacion, todas las clases útiles, industriales é ilustradas: aun cuando no poseyese mas que una parte de las tierras, por lo menos las cultivaba todas, y si habia de escucharse el grito de la razon, no era demasiado concederle un número de diputados igual al de las otras dos clases.

La asamblea de los notables se declaró contra lo que se llamaba la *duplicacion del tercer estado*, y no hubo mas que una comision en que presidia el hermano mayor del rey, que votase en favor de ella. Entonces la corte, tomando, segun decia, en consideracion el dictámen de la minoría, la opinion emitida por muchos príncipes de la sangre, el voto de los tres órdenes del Delphinado, la representacion de las asambleas provinciales, el ejemplo de muchos paises constitucionales, el parecer de varios publicistas y el deseo espresado en una multitud de peticiones, mandaba la corte que el número total de diputados fuese á lo menos de mil; que este se formaria en razon compuesta de la poblacion y de las contribuciones de cada partido, y que el número particular de los del estado llano hubiese de ser igual al de los dos primeros órdenes reunidos. (*acuerdo del consejo de 27 diciembre 1788*)

Esta declaracion escitó un entusiasmo universal, y como se la atribuían á Necker, aumentó infinito su popularidad, al paso que creció el odio de los grandes contra él. Mas en realidad la tal declaracion no decidia nada en cuanto al voto por individuos ó por clases, aunque le aprobaba implícitamente, por que en vano seria aumentar el número de los votantes si no habian de contarse los votos, y de este modo dejaba al cuidado del estado llano obtener á viva fuerza lo que por entonces se le reusaba. Mas en esto mismo daba una idea de la debilidad de la corte y del mismo Necker, cosa que se concibe mui bien al considerar que la corte era un compuesto de voluntades que imposibilitaba todo resultado, porque el rey era moderado, justo, estudioso y muy desconfiado de sus propias luces; amaba mucho al pueblo y recibia con dulzura sus quejas, pero con todo eso le asaltaban de cuando en cuando ciertos terrores pánicos y supersticiosos, temiendo que al lado de la libertad y de la tolerancia marchasen la anarquia y la impiedad. \* Era por desgracia cierto que el espíritu filosófico, en su primer arranque, habia cometido estravios de que no podia menos de asustarse un rey tímido y religioso; y así el desgraciado Luis XVI, poseido á cada instante de debili-

\* Por desgracia suya y de la civilizacion del género humano, no le engañaban estos presentimientos. (*N. del T.*)

dad, terrores é incertidumbres, resuelto á pasar por todos los sacrificios propios pero sin atreverse á imponérselos á los demas, víctima de su docilidad con la corte y de su condescendencia con la reina, espiaba todas las faltas que no habia cometido, pero que habian de atribuírsele necesariamente porque las dejaba cometer. La reina, entregada á sus diversiones y ejerciendo en derredor de sí el imperio que dá la belleza, deseaba que su esposo estuviese tranquilo, el tesoro surtido y que la corte y sus súbditos le adorasen. Unas veces estaba de acuerdo con el rey en ejecutar las reformas cuando la necesidad parecía urgente, otras por el contrario, cuando creía que la autoridad estaba amenazada y sus amigos de la corte despojados de las pensiones, contenía la benevolencia del rey, alejaba los ministros populares, y destruía todos los medios y todas las esperanzas del bien. Sobre todo no podia resistir al influjo de una parte de la nobleza, que vivía al rededor del trono alimentándose de gracias y de abusos, y aunque esta nobleza deseaba ciertamente, como la reina misma, que el rey tuviese con que hacer mercedes, y por eso era enemiga de los parlamentos cuando reusaban los impuestos, volvía á ser aliada suya cuando defendian sus privilegios, reusando con diversos pretestos la subvencion territorial. En medio de estos contrarios influjos, no atreviéndose el rey á mirar cara

á cara las dificultades, juzgar de los abusos, y remediarlos por su propia autoridad, cedia alternativamente á la corte y á la opinion pública sin conseguir satisfacer á una ni otra.

Si cuando en el siglo diez y ocho andaban los filósofos aplaudiendo durante el paseo á Federico y á los Americanos, á Turgot y á Necker, y cuando sin aspirar al gobierno del estado, se contentaban con ilustrar á los príncipes, anunciando revoluciones lejanas que se veian acercarse por mil señales y por lo absurdo de las instituciones, hubiese el rey entonces establecido espontaneamente alguna igualdad en las cargas y dado algunas garantías, todo se habria calmado por largo tiempo, y Luis XVI hubiera sido adorado al igual de un Marco Aurelio. \* Pero cuando todas las autoridades se encontraron envilecidas por una larga contienda y se hicieron patentes todos los abusos en la asamblea de los notables; cuando la nacion fué llamada á tomar parte en la cuestion, y concibió la esperanza y el deseo de ser algo, lo quiso decididamente. Apenas se la ofrecieron los estados generales, solicitó que su convocacion fuese la mas

\* Asi como procuraremos poner notas biográficas de los personages célebres de la revolucion, así nos abstendremos de hacerlo de los que por serlo demasiado, merecen una historia particular, como por ejemplo, Luis XVI, Maria Antoneta, Napoleon, Luis XVIII, el Delfin etc., etc. (*N. del T.*)

inmediata posible; conseguida esta, reclamó la preponderancia en ellos, y aunque se la reusó esto último, se la dieron los medios de conquistarlo, doblando su representacion. Por manera que solo se cedia parcialmente y cuando no había recursos con que resistir; mas entonces ya la nacion conocia sus fuerzas y deseaba todo lo que creia poder obtener. Irritada su ambicion con continuas resistencias, no podia menos de llegar á ser insaciable muy pronto. Mas entonces mismo, si hubiese habido algun gran ministro que comunicando al rey un poco de su vigor, conciliando el ánimo de la reina y sujetando á los privilegiados, se hubiese anticipado á satisfacer de pronto las pretensiones nacionales dando una constitucion libre; si hubiera condescendido con aquella necesidad de obrar que sentia la nacion, llamándola inmediatamente, no á reformar el estado, sino á discutir sus intereses anuales en un gobierno ya constituido, tal vez no hubiera tenido lugar la lucha. Pero era inevitable anticiparse á la dificultad en vez de ceder á ella, y sobre todo sacrificar numerosas pretensiones. Se necesitaba un hombre profundamente convencido y con una voluntad igual á su conviccion, y un hombre de tales circunstancias, que no podia menos de ser osado, poderoso y tal vez apasionado, hubiera asustado á la corte, que no hubiera podido sufrirlo. Por tanto, para no ofender ni á la opi-

nion ni á los rancios intereses, todo el partido del justo medio, eligió, como ya hemos visto, un ministro semi-filósofo, semi-audaz y que gozaba de una popularidad inmensa, por que en aquel tiempo las simples intenciones semi-populares en un agente del poder sobrepujaban á todas las esperanzas y escitaban el entusiasmo de un pueblo, á quien dentro de poco apenas satisfaría la demagogia de sus corifeos.

Estaban ya los ánimos en una fermentacion universal, y ya por toda la Francia se iban formando juntas á ejemplo de la Inglaterra y con el mismo nombre de clubs, en que no se ocupaban de otra cosa que de los abusos que era necesario destruir, las reformas que se habian de hacer y la constitucion que se habia de plantear. El exámen severo que ellos mismos hacian de la situacion del país les irritaba sobre manera, y en efecto no puede negarse, que asi en lo político como en lo económico, era intolerable. Todo era privilegio en individuos, en clases, en ciudades, en provincias y hasta en los oficios: todo era traba para la industria y el ingenio del hombre. Las dignidades civiles, eclesiásticas y militares estaban exclusivamente reservadas para ciertas clases, y en ellas para ciertos individuos: no se podia abrazar una profesion sino con ciertos títulos y condiciones pecuniarias. Las ciudades tenian sus privilegios para

la distribucion, percepcion y cantidad de los impuestos, asi como para la eleccion de magistrados. Hasta las mismas mercedes convertidas en propiedad de familia por medio de las supervivencias ó futuras, no permitian al monarca ni siquiera el derecho de dar la preferencia, ni le quedaba otra libertad que la de hacer algunos regalos pecuniarios, y hubo ocasion de estar en litigio con el duque de Coigny para la abolicion de un cargo inútil. \* Por manera que todo estaba inmovilizado en algunas manos, y en todas partes el menor número resistia al grande que se hallaba despojado de todo, pesando, por consiguiente, las cargas sobre una sola clase. Casi los dos tercios de tierras estaban en manos de la nobleza y del clero, y la otra tercera parte, poseida por el pueblo, pagaba tributos al rey, un sin número de derechos feudales á la nobleza, el diezmo al clero, y ademas tenia que soportar las devastaciones de la caza y de los cazadores nobles. Los impuestos sobre consumos pesaban sobre el gran número, y por consiguiente sobre el pueblo, siendo ademas muy vejatoria la cobranza, porque los señores podian retardar los pagos impunemente, mientras que el plebeyo era maltratado, encarcelado y en la triste precision de pagar con su persona á falta de productos. El era pues quien

\* Véanse las memorias de Bouille.

alimentaba con su sudor y defendia con su sangre á las altas clases de la sociedad sin tener con qué subsistir él mismo. No tan desgraciada como el pueblo era esta clase media, industriosa é ilustrada que enriquecia al reino con sus manufacturas y le honraba con su talento, mas no por eso gozaba de ninguna de las ventajas á que tenia un incontestable derecho. Hasta la justicia misma se distribuia en algunas provincias por los señores, en las jurisdicciones realengas por magistrados que habian comprado sus cargos, siendo en lo general lenta, muchas veces parcial, siempre ruinosa y sobre todo atroz por las persecuciones criminales. Se violaba la libertad individual con los mandamientos arbitrarios de prision de que ya hemos hablado (*lettres de cachet*), y la libertad de imprenta por medio de los censores regios, y últimamente el estado mal defendido por fuera, vendido por las favoritas de Luis XV, y comprometido por las debilidades de Luis XVI, habia sido deshonrado recientemente en Europa por el vergonzoso sacrificio de la Holanda y de la Polonia.

Ya principiaban á agitarse las masas populares, y muchas veces, durante la lucha de los parlamentos, habia habido alborotos, sobre todo cuando se retiró el arzobispo de Tolosa, como que quemaron su estatua y no solo fué insultada, mas combatida la fuerza armada, sin atreverse la ma-

gistratura á proceder sino con mucho tiento contra los agitadores que defendian su causa. Conmovidos los ánimos y llenos de una idea confusa de cierta revolucion próxima, estaban en una fermentacion continua, viendo ya los parlamentos y las primeras clases dirigidas contra ellos las armas que habian puesto en manos del pueblo. En Bretaña se habia opuesto la nobleza á la duplicacion del estado llano y reusado nombrar diputados, y por consiguiente los vecinos que con tanta intrepidez la habian ayudado contra la corte, se tornaron entonces contra ella y hubo combates mortíferos. La corte que no se creia bastante vengada de la nobleza bretona, no solo la habia reusado su apoyo, segun dice Bouillé, sino que mandó poner presos algunos de sus miembros que habian venido á Paris á solicitarle.

Hasta los mismos elementos parece que se habian desencadenado, pues una fuerte granizada que sobrevino el 13 de julio habia asolado las cosechas y dificultaba extraordinariamente el abasto de Paris, sobre todo en medio de los disturbios que se preparaban. Apenas bastaba toda la actividad del comercio para reunir la cantidad de víveres que necesitaba aquella gran capital, siendo muy de temer que no tardase en aumentarse el apuro, cuando las agitaciones políticas hubiesen destruido la confianza é interrumpido las comu-

nicaciones. Desde aquel invierno cruel que se siguió inmediatamente á los desastres de Luis XIV, y que inmortalizó la caridad de Fenelon, no se habia visto otro mas riguroso que el de 1788 al de 89, sin que bastase toda la beneficencia que se esmeró en dulcificar con ternura las miserias del pueblo. Se habia visto acudir de todos los puntos de Francia una multitud de vagamundos sin oficio ni beneficio, que se ponian en el camino de Versalles á Paris á hacer alarde de su miseria y desnudez, sin que faltase ninguno de ellos al menor rumor que ocurría, para aprovecharse de las ocasiones que siempre son favorables para quien no tiene nada que perder y algo que ganar, hasta el pan para salir del día.

Así todo contribuía á hacer inevitable una revolucion, preparada por un siglo entero en que solo se habia tratado de descubrir abusos y de llevarlos hasta el último exceso, y los últimos dos años en escitar á la rebelion y á guerrear las masas populares, haciéndolas intervenir en la lucha de los privilegiados. Últimamente, desastres naturales y un concurso fortuito de diferentes circunstancias ocasionaron la catástrofe que se hubiera podido diferir algun tiempo, pero que tarde ó temprano tenia que ser infalible.

Bajo tales auspicios se verificaron las elecciones, que fueron tumultuosas en algunas provincias, aca-

loradas en casi todas y muy tranquilas en Paris, donde reinó el mejor acuerdo y unanimidad. Ibanse distribuyendo las listas, y procuraban unirse y entenderse los mercaderes, los abogados y los literatos, admirados de verse reunidos por la primera vez, elevándose poco á poco á la atmósfera de la libertad. Tuvieron en Paris la delicadeza de confirmar las comisiones electorales que habia elegido el Rey, y sin variar ni una sola persona, ejercieron acto de autoridad por el hecho mismo de confirmarlas. Hasta el mismo sabio y prudente Bailly <sup>19</sup> abandonó su retiro de Chaillot, y sin conocer intrigas ni otro motivo que el cumplimiento de su noble mision, se presentó solo y á pie á la junta. Paróse en el camino en el terrado de los Fuldenses \*, y se le acercó un jóven desconocido con el mayor respeto diciéndole: Vm. será nombrado. — No tengo la menor noticia, le respondió Bailly, pero me parece que semejante honra ni debe reusarse ni solicitarse; y continuando su camino el modesto académico, se presentó en la sala y le nombraron sucesivamente elector y diputado.

Por el contrario la eleccion del conde de Mirabeau <sup>20</sup> fué tempestuosa, por que habiéndole desechado la nobleza, se acogió al estado llano, agi-

\* Fuldenses: un convento de religiosos de la orden de San Bernardo. (N. del T.)

tó la Provenza, su patria, y no tardó en hacerse ver en Versalles.

No quiso la corte en manera alguna influir en las elecciones, ni la disgustaba en verdad ver en ella tanto número de simples curas, porque contaba con la oposicion de estos á los grandes dignitarios eclesiasticos asi como con su respeto al trono. Fuera de eso, estaba muy distante de preverlo todo, y creia que los diputados plebeyos serian mas bien enemigos de la nobleza que de ella misma. No faltaron acusaciones contra el duque de Orleans de que habia hecho cuanto habia podido porque se eligiese á sus partidarios, y aun para ser nombrado él mismo, y como ya estaba sindicado de ser uno de los adversarios de la corte, amigo de los parlamentos, y de grado ó por fuerza corifeo del partido popular, se le imputaron diferentes tramas. Ocurrió tambien una escena deplorable en el arrabal de S. Antonio, y como no ha de haber suceso sin que haya alguno á quien atribuirle, le colgaron el milagro al duque, haciéndole responsable de él. Se esparció la voz de que un fabricante de papel pintado llamado Reveillon, que por medio de su habilidad mantenía diferentes establecimientos, perfeccionaba nuestra industria y daba de comer á trescientos obreros, queria reducir los salarios á la mitad, y el populacho amenazaba pegar fuego á la fábrica. Se pudo dispersarle por aquel

dia, pero al siguiente por la mañana volvió á la carga, y en efecto el 27 de abril quedó la casa invadida, incendiada y destruida; y á pesar de las amenazas que los incendiarios habian hecho el dia anterior y de la cita que se habian dado, la autoridad acudió muy tarde al remedio, y entonces obró con un rigor escesivo, pues estuvo esperando á que el populacho se hiciese dueño de la casa para atacarle con furia, y fué preciso matar un gran número de aquellos hombres tan feroces como intrépidos, que despues acudian á todos los alborotos dándoles el nombre de *vergantes* y de *bandidos*.

Todos los partidos que ya estaban formados se acusaron recíprocamente de esta crueldad, pues por de contado se dijo que la corte les habia dejado de intento cometer el crimen para ejercer su crueldad y ejercitar sus tropas á costa del pueblo. Otros, sospechando por el dinero que se encontró en poder de los agresores y por ciertas palabras que se les escaparon, que habia en ello alguna mano oculta, acusaron al duque de Orleans de que habia querido hacer un ensayo de las fuerzas populares por medio de aquellas bandas revolucionarias.

La verdad es que aquel príncipe habia nacido con excelentes disposiciones y heredado riquezas inmensas; pero entregado á malas costumbres, habia abusado de todos aquellos dones de la natura-

leza y de la fortuna. Con un carácter inconsecuente y demasiado vario, unas veces le importaba muy poco la opinion pública, y otras se mostraba ansioso de popularidad, un dia atrevido y ambicioso, y otro dócil y distraido. Por haberse puesto mal con la reina se habia hecho enemigo de la corte, y como entonces empezaban á formarse los partidos, tuvo la simpleza de permitir que tomase uno de ellos su nombre, y aun se asegura que sus riquezas. Deslumbrado por un porvenir confuso, hizo lo bastante para que le acusaran, y no lo necesario para conseguir el éxito, y en el caso de que sus partidarios tuviesen efectivamente algunos proyectos sobre él, es preciso que los desesperase por la inconstancia de su ambicion.

mas y con cierta superficialidad y gran exajeracion el ridiculo, que le hacia aparecer como poco profundo en los conocimientos administrativos. Esta propension á la chanza, que casi nunca se aparta del peligro, le ocasionó en efecto su desgracia en 1789 por un epigrama que compuso contra madama de Pompadour. Mas esta ligereza de imaginacion de que se le achaca con alguna razon, no le impidió ver un excelente amigo de Montesquieu y de Caylus, ni proteger abiertamente durante su ministerio á los célebres Mr. Lacommandier, Maupeou, Clermont y Bouguer.

Quando Luis XVI. á su advenimiento al trono, le confió el timon de los negocios, sus primeras resoluciones fueron 1.º llamar á Paris el antiguo parlamento, á pesar de las objeciones del hermano del rey que fue despues Luis XVIII, y á pesar tambien de los muchos partidarios que ya lo adquirieron el parlamento Maupeou. La 2.ª fue